



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 23

El diario

— ¿Dónde lo quieres?

— En el abdomen, en este lado —señaló Saito con el dedo.

Tras ponerse los guantes, Dayu se acercó con el alcohol, lo empapó en algodón y deslizó este por el lugar indicado, con suavidad. Luego tomó la pistola para comenzar a perfilar el tatuaje. Pero justo cuando puso la aguja encima, Saito apresó su muñeca y sin mediar palabra se levantó de la camilla tirando parte del instrumental. Dayu dejó caer a su vez la pistola al suelo. Saito mantuvo el brazo de Matsumura en alto y se acercó tanto a él que este terminó tumbado en la camilla. Sin soltarle, se colocó sobre él y se acercó a su oído.

— Me lo imaginaba... chaval, no engañas a nadie.

— ¿Qué? ¿Qué dices, joder? ¿De qué coño vas?

Saito no dijo nada más, se limitó a besarle en los labios con fiereza. Dayu abrió mucho los ojos. Aquello le pilló absolutamente de sorpresa.

— ¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco?

Una temible sonrisa se perfiló en el rostro del yakuza.

— Sabía que no lo habías olvidado. Oh si... he captado las señales, incluso ahora, cuando estabas dispuesto a tatuarme, te temblaba el pulso y es curioso porque... tu pulso siempre está firme.

— ¿Qué? ¿Pero qué...?

No le dio tiempo a hablar, Saito continuó besándole como si la vida le fuese en ello.

— Sabía que eras tú, lo sabía... —susurraba.

Dayu se sentía terriblemente confundido, mareado, tanto, que creía que iba a perder la consciencia de un momento a otro.

— Saito, ¿qué estás haciendo? Déjalo ya joder... Sabes que quiero a Seiya. Y... joder, ¿qué pasa con Noriko? ¿Qué significa eso de que sabías que era yo?

— Haces demasiadas preguntas, pero yo sé lo que quieres.

Dicho esto, Saito se desabrochó los pantalones. Dayu flipaba.

— Tío, ¿te has vuelto loco? ¿Es que de verdad sigues encoñado conmigo? Venga ya.

— Vamos... — se apretó más contra su cuerpo — Solo te estoy pidiendo sexo, nada más.

— ¡Ah!

Dayu abrió los ojos, se incorporó y respiró como si hubiese estado mucho tiempo aguantando la respiración. Se encontraba en la tienda, solo.

— Joder... menudo sueño.

En otras circunstancias le habría gustado, pero sintió un especial alivio al saber que había sido tan solo eso, un sueño. Resopló mientras se echaba el pelo hacia atrás con ambas manos.

— Madre mía, espabila Matsumura.

Se fue al servicio a orinar y refrescarse un poco.

— ¡Ah! ¡Mierda! ¡Joder! — maldijo mientras buscaba con qué limpiar el inodoro y el suelo. No se había dado cuenta de lo empalmado que estaba.

Procuró relajarse y se lavó las manos, luego se echó agua en la cara y se quedó un rato apoyado sobre el lavabo. Levantó la vista hacia el espejo y un hermoso rostro le devolvió la mirada.

— No voy a morir... —se dijo. — Ni de coña.

El propio aviso de Álex y el hecho de haber visto a aquel Seiya lleno de dolor, le habían dejado marcado. Todos se estaban arriesgando por él para intentar salvarle. Debía de trazar un buen plan pero antes tenía algo que hacer.

Tomó una mochila que tenía en el suelo y sacó un libro que tenía aspecto de cuaderno, con las tapas negras.

Un diario.

— El hijo de Saito me dio esto con algún propósito.

Con todo lo que había acontecido, Dayu aún no había podido leerlo, pero ahora, aquel día en la soledad de su tienda, era el momento perfecto.

¿De quién sería aquel diario? ¿Le ayudaría en su propósito de intentar burlar a la muerte? ¿A su propio destino?

— En fin... solo hay un modo de averiguarlo.

Abrió el diario por la primera página. Por lo que dedujo, la letra parecía la de una chica. Comenzó a leer las primeras líneas.

13 de Septiembre de 1994

1er día de confinamiento

La oscuridad me cegaba, me envolvía, me congelaba... Desperté sin poder abrir los ojos, tenía los mismos vendados con fuerza. Intenté moverme pero no pude hacerlo, enseguida me percaté que tenía las manos atadas en la espalda. El frío y el miedo inundaron mi alma solitaria.

¿Cómo había llegado allí? ¿Quién querría hacerme algo así? ¿Por qué a mí?

Estaba tumbada sobre algo mullido, parecía una cama. Intenté incorporarme pero oí pasos que se acercaban a lo lejos; y justo antes de oír una puerta que se abría, adopté la postura que había mantenido, cerrando aún más los ojos. No sabía dónde estaba, no quería que me hicieran daño, hubiese preferido no despertar. Ahora mi cuerpo temblaba y los pasos se dirigieron hacia mí. Noté que alguien se sentaba a mi lado al hundirse la cama.

Pude percibir su aroma, sin duda se trataba de un hombre, corpulento, por cómo me hizo ladear justo al sentarse. Me zarandeo por el hombro pero seguí haciéndome la dormida, tenía mucho miedo. Al cabo de unos segundos se levantó y oí que se marchaba, respiré hondo.

Dayu dejó de leer y se quedó extrañado. Aún no sabía muy bien qué tenía que ver con él y tampoco sabía quién lo había escrito. Continuó leyendo, sumiéndose cada vez más en la lectura.

Procuré calmarme e intentar pensar cómo salir de allí. Pero primero me incorporé para escuchar mejor, otros pasos y esta vez, unas voces se hicieron audibles al otro lado de la puerta. Agudicé los sentidos pero solo escuchaba palabras sueltas, pero con mucho sentido para mí: “deuda”, “familia”, “rescate”...

Ahora lo recordaba, me habían secuestrado. Y por aquellas palabras estaba ahora en manos de la Yakuza. Debía de valer mucho para ellos por los negocios de mi familia, pero jamás pensé que llegarían tan lejos. A lo mejor solo quieren información, o cobrar un rescate, o torturarme... maldita sea, tenía que salir allí, como fuese.

— Un momento... —pensó Dayu mientras cerraba el diario y lo observaba— Puede ser que sea de... ¿la prometida de Saito? ¿A la que tenía prisionera?

Dayu recordaba perfectamente aquella historia que Saito le había contado mientras estaban en el Inframundo. Sin entrar en muchos detalles, Saito le confesó que se enamoró de la chica a la que tenía recluida su clan, pero más tarde ella desapareció y probablemente estuviese muerta. Por este motivo, Saito vivía como un renegado en el Inframundo, al parecer se creía que Azazel podría devolvérsela, o al menos así lo entendió. Con todo esto, volvió a preguntarse qué tendría que ver con él y con su destino de muerte.

Abrió de nuevo el diario y pasó las páginas rápido con un dedo, en la última página se despejaron todas las dudas.

— Madre mía, es de... Esto sí que es una sorpresa. — se dijo con absoluto asombro, pues aquel diario era de la persona que menos se imaginaba.